

## Presentación *Frente, perfil y llanura*, de Leticia Obeid

A Leticia Obeid la conocí primero por escrito, primero por su apellido desplegado *in extenso* (El Halli Obeid) que me preocupó como posible víctima de erratas ni bien lo vi en la tapa de la revista ramona 70 (dedicada a Poéticas Contemporáneas), número que me tocó editar en 2007. Allí Leticia respondía una serie de preguntas sobre su modo de hacer arte, dentro del cual situaba un umbral, un momento inaugural: *Música*, una muestra individual que presentó en 1999 en Casa 13 de Córdoba. El trabajo consistió en una instalación hecha con una serie de objetos intervenidos o realizados en base a letras de canciones. El orden interno de ese trabajo, aseguraba Leticia ya en ese momento, tenía la forma de un *inventario* donde las únicas jerarquías estaban dadas por cuestiones sentimentales.

Creo que no cabría frase más exacta para condensar también los principios de su *poiesis* literaria.

Porque en Leticia las incursiones en distintos lenguajes y técnicas (pintura, fotografía, video, instalación, música, escritura) no constituyen vueltas de página sino manifestaciones de una misma sensibilidad, que desborda los casilleros disciplinarios y los desafía, como en una suerte de sinestesia constante, estructural, perceptiva.

Años más tarde nos cruzamos en un seminario al cual la convocaron para proyectar su mediometrage *B*. en el que registró un viaje a París siguiendo y resignificando algunos de los fragmentos del *Libro de los Pasajes* de Walter Benjamin. Allí trabajó con la idea de *constelación* como una manera de establecer relaciones entre los elementos que aparecen en una búsqueda determinada atravesando temas y momentos, sin catalogar ni establecer jerarquías. Es decir, otra forma del inventario, que en su obra funciona en términos de listado exhaustivo o de colección pero también, fundamentalmente, en términos de invención.

Leticia inventa con virtuosismo series inesperadas, lúcidas, desestabilizadoras, entre objetos, paisajes y personas que a simple vista difieren en casi todo. Así, en *Frente, perfil y llanura*, los compañeros de la dependencia del teatro San Martín en donde la narradora en primera persona del Capítulo 1 llamado “Oficina” se desempeña, desfilan en un muestrario de vidas de empleados estatales junto con una secuencia de objetos que hacen al paisaje arquitectónico del lugar y de la cual ella se considera parte (dice al final del capítulo: “miro las paredes, los objetos, ellos me miran a mí, soy una más en el conjunto de cosas cantarinas”).

En “Se conoce que sí” el personaje de Elena retrata las transformaciones y el deterioro del pueblo y de la casa de su infancia en Noetinger, una localidad cordobesa; mientras que en “Fantasma” la misma Elena disecciona los escenarios y las personas del pasado que fue

encontrando en su paso por Córdoba Capital luego de salir huyendo de su Noetinger natal, robándole a su madre la mascota nueva.

Inventarios y también, podría decirse, una “poética de lo que hay” que se equipara con lo que al final de la novela la narradora adjudica a las mujeres de su familia: “una mezcla de liviandad y derrota, de escepticismo y candidez” que resulta de la resignación a que “las cosas no funcionen bien”.

Pero en la obra de Leticia esta constatación no se produce desde la distancia o el desprecio. Al contrario, su narradora ama las cosas feas, vetustas, desgastadas, las abraza, tanto como a los inspiradores cielos color malva que la circundan cuando maneja en la ruta, o al cuerpo desnudo con aroma a pan que deseó por mucho tiempo y con el que finalmente pasa una noche.

En un diario íntimo que lleva adelante actualmente, Leticia dice: “Una cámara en el filo registra las cosas con cierta temblorosa indecisión, con algo de nerviosismo. Una cámara enamorada acaricia la piel de las cosas, se vuelve cómplice de la luz para atrapar una pelusa que rodea a los objetos y a las personas. Una cámara enamorada es táctil y usa mucho el zoom.”

Otra vez, es la misma autora la que formula una reflexión que funciona como llave de acceso a su propia obra y que mide con exactitud la temperatura de su escritura.

Una cámara enamorada que registra la geografía de un estado de ánimo, como indicó Damián Ríos, pero no como en las poéticas románticas tradicionales en las que los vaivenes del clima y del paisaje condicionan los humores de personajes y narradores, sino a la inversa. Los sentimientos, los amores contradictorios, las nostalgias y los desapegos de las narradoras de Obeid marcan el ritmo del relato y pautan los inventarios. Y el mismo desenlace parece dar cuenta del proceso de aceptación de ese movimiento. Diez años atrás el personaje de Elena había partido dando un portazo cuando le sugirieron que su obra era sentimental. En el presente del relato, reiteran la misma apreciación pero esto no dispara una crisis sino que funciona como punto de partida de la seducción, del coqueteo. Una seducción en la que nosotros como lectores también quedamos inmersos.

Por todo esto, podríamos decir que si el Borges cultor de paradojas se refirió alguna vez a Eduardo Schiaffino como el artista que “pinta bien y escribe mejor” estableciendo cierta jerarquía entre las dos prácticas, en el caso de esta artista-escritora, de Leticia Obeid, el epítome debería ser: “la artista que hace todo bien”.

Ojalá nos sigamos encontrando.

Guadalupe Maradei  
CIA | 06 de septiembre de 2013